

Capítulo I

EL VIEJO LOBO DE MAR EN LA POSADA DEL

«ALMIRANTE BENBOW»

Dado que el *squire* Trelawney, el doctor Livesey, y el resto de los señores me han pedido que escriba todos los pormenores referentes a la Isla del Tesoro, de principio a fin, sin omitir otra cosa que la situación de la isla, y eso porque aún quedan allí tesoros por desenterrar, tomo la pluma en el año de gracia de 17... y retrocedo a la época en que mi padre llevaba la posada del «Almirante Benbow», y el viejo y curtido marinero, con el sablazo en la cara, vino a alojarse bajo nuestro techo.

Lo recuerdo como si fuera ayer, cuando llegó pesadamente a la puerta de la posada, seguido de su cofre de marinero en una carretilla; era un hombre alto, recio, pesado, avellanado; la coleta alquitranada le caía sobre los hombros de su sucia casaca azul; sus manos, llenas de señales y costurones, tenían unas uñas negras y rotas; y la chillada que le cruzaba la mejilla era de un color lívido y sucio. Recuerdo que echó una mirada a toda la ensenada, sin parar de silbar por lo bajo, y a continuación atacó esa vieja canción marinera que tan a menudo cantaba después:

¡Quince hombres van con el cofre del muerto!

¡Yo-jo-jo, y una botella de ron!

con aquella voz alta y temblona que parecía haberse templado y quebrantado en las barras del cabrestante. Luego llamó a la puerta con un trozo de palo, una especie de espeque que llevaba, y al aparecer mi padre pidió en tono áspero un vaso de ron. Cuando se lo trajeron, empezó a beber despacio, como un catador, demorándose en su sabor, sin parar de mirar en torno suyo, hacia los acantilados, y hacia el cartel de nuestra posada.

—Una ensenada muy cómoda —dijo por fin—, y una taberna bien situada. ¿Viene mucho personal por aquí, compañero?

Mi padre le dijo que venían poquísimos huéspedes, cosa que sentía.

–Bien –dijo él–, mejor para mí. Eh, tú, compañero –le gritó al hombre que empujaba la carretilla–; atraca aquí, ayúdame a subir el cofre. Me quedaré aquí algún tiempo –prosiguió–. Soy hombre sencillo; ron y huevos con tocino es cuanto necesito, y esa punta de ahí para ver barcos a lo lejos. ¿Que cómo me debes llamar? Puedes llamarme capitán. ¡Ah!, ya entiendo lo que quieres... toma –y arrojó tres o cuatro monedas de oro al umbral–. Avísame cuando me haya gastado eso –dijo con la ferocidad de un comandante.

Y, efectivamente, a pesar de lo mala que era su ropa, y de su tosca manera de hablar, no tenía el aspecto de simple marinero, sino más bien de oficial o de patrón, acostumbrado a ser obedecido o a pegar. El hombre que llevaba la carretilla nos contó que la diligencia lo había dejado por la mañana delante del «Royal George»; que había preguntado qué posadas había a lo largo de la costa, y al oír hablar bien de la nuestra, supongo, y averiguar que quedaba retirada, la había escogido para alojarse. Y eso fue cuanto pudimos averiguar de nuestro huésped.

Era un hombre habitualmente reservado. Todo el día andaba vagando por la ensenada o por los acantilados, con un catalejo de latón; toda la velada permanecía sentado en un rincón de la estancia, junto al fuego, bebiendo ron con agua. Casi nunca contestaba cuando le dirigían la palabra; se limitaba a levantar la mirada de manera repentina y feroz, y a resoplar por la nariz como una bocina de niebla; así que tanto nosotros como la gente que solía venir por casa aprendimos muy pronto a dejarlo tranquilo. Todos los días, cuando volvía de su paseo, preguntaba si habíamos visto pasar hombres de mar por el camino. Al principio creímos que lo preguntaba porque echaba de menos la compañía de gente como él; pero finalmente empezamos a darnos cuenta de que trataba de evitarla. Cuando llegaba algún marinero al «Almirante Benbow» para hospedarse (lo que hacían de vez en cuando los que se dirigían a Bristol por el camino de la costa), lo observaba a través de la cortina de la puerta antes de entrar en la sala; y era siempre seguro que iba a permanecer callado como un muerto mientras el desconocido estuviera presente.

Para mí, al menos, la cosa no tenía ningún misterio, porque en cierto modo compartía su alarma. Un día me había llevado aparte, y me había prometido una moneda de plata de cuatro peniques el primero de cada mes si estaba «atento a cualquier marinero con una sola pierna», y lo avisaba tan pronto como apareciese. Muchas veces, cuando llegaba el primero de mes y le reclamaba mi salario, me soltaba un resoplido de nariz, y me hacía bajar los ojos con una mirada; pero antes de acabar la semana cambiaba de opinión, me traía mi pie-

za de cuatro peniques, y me repetía la orden de estar atento al «marinero con una sola pierna».

No necesito decir cómo me atormentaba este personaje en mis sueños. En las noches de tormenta, cuando el viento sacudía las cuatro esquinas de la casa y el oleaje rugía en la ensenada y en los acantilados, lo veía de mil formas, y con mil expresiones diabólicas. Unas veces tenía la pierna cortada por la rodilla; otras, por la cadera; otras, era una especie de ser monstruoso que nunca había tenido más que una sola pierna que le arrancaba del centro del tronco. Verlo correr y perseguirme saltando por encima de setos y zanjas era la peor de las pesadillas. Total, que pagaba bastante caros mis cuatro peniques mensuales con estas figuraciones abominables.

Pero aunque me aterraba tanto la imagen del marinero de una sola pierna, el propio capitán me asustaba bastante menos que al resto de los que lo conocían. Había noches en que bebía más ron con agua del que su cabeza era capaz de soportar, y entonces permanecía sentado, cantando sus perversas, antiguas y feroces canciones marineras, sin importarle nadie; otras, en cambio, pedía una ronda y obligaba a toda la temblorosa concurrencia a escuchar sus historias o a corear sus canciones. A menudo oí estremecerse la casa con el «Yo-jo-jo, y una botella de ron» de todos los vecinos juntos a voz en cuello, presos de un miedo mortal, y cada uno cantando más fuerte que los otros para evitar destacarse. Porque en estos accesos, era el compañero más déspota del mundo: daba manotadas en la mesa para imponer silencio; estallaba de cólera cuando le hacían una pregunta, o a veces porque no se la hacían pensaba que no seguían su relato. Y no consentía que nadie abandonase la posada hasta que le entraba el sueño de tanto beber, y subía tambaleante a acostarse.

Fragmento de *La Isla del tesoro*, de R.L. Stevenson